

"un pequeño club que ha supuesto una gran
Victoria"



La tinta
que nos
une

LA TINTA QUE NOS UNE

*“La historia de un pequeño club que ha
supuesto una gran victoria”*

Proyecto coordinado por Antonio Javier Fernández e ilustrado por María
Ángeles Vallecillos

ÍNDICE

Prólogo	5
Fruto del azar	7
Cuando los sueños superan la razón	10
Los pequeños detalles de la vida	12
Octubre 2.021	14
Alguien está mintiendo	15
La realidad superó la ficción	18
Noviembre 2.021	20
Una Educación Mortal	21
Diciembre 2.021	23
Navidades Trágicas	24
Sempiterno	26
Un placer compartido	28
El papel que no ardió	29
Febrero 2.022	32
El Ciclo del Eterno Emperador	33
Entre páginas	36
Marzo 2.022	38
La Vida Invisible de Addie Larue	39
Mayo 2.022	42
Al otro lado de la brújula: mapa de rutas literarias	43
Junio 2.022	45
La Canción de Aquiles	46
Paz entre páginas (Epílogo)	49
Agradecimientos	51

*El hecho fundamental de la existencia humana es el hombre con el hombre.
Lo que singulariza al mundo humano es, por encima de todo, que en él ocurre
entre ser y ser algo que no encuentra par en ningún otro rincón de la
naturaleza.*

Martin Buber.

Por los jóvenes, los libros y la amistad. Gracias a los autores y autoras que nos alumbran y guían, llenando nuestra alma y creando refugios de papel. Y gracias, también, a todos aquellos que alientan la lectura, comparten las letras y celebran el arte. Sin ellos, esto no sería posible.

Club de Lectura Juvenil de la Biblioteca Provincial de Granada 2021-2022

Prólogo

Antonio Javier Fernández López

El 9 de octubre de 2021 comenzamos un nuevo proyecto. Nos lanzamos desde un acantilado con los ojos vendados y la esperanza (e incluso, me gustaría pensar, la certeza) de que caeríamos en tierra firme, con los pies bien plantados sobre la tierra. Sanos y salvos.

Aquel sábado por la mañana, nos adentramos en el frondoso territorio de los comienzos, sumidos en una espesura de dudas, frenados por las numerosas ramas que nos impedían ver qué había más allá, que ocultaban la luz del sol... y, con todo, iniciamos la primera sesión cargados de ilusión por emprender aquel proyecto.

Ese día dio comienzo nuestro Club de Lectura Juvenil. Un lugar donde amar la lectura, compartirla y vivirla. Donde abrazar las páginas, sentirlas, ver más allá de las palabras... ser lectores sin tapujos ni inhibiciones.

Esta es una historia de amor... la de varios jóvenes enamorados de los libros y su búsqueda exhaustiva de gente con la que compartir tal pasión. En gran parte, la escribo inspirado por Irene Vallejo, por un pasaje de su libro *Manifiesto por la Lectura*:

“Como nosotros mismos y nuestras esperanzas, los libros son frágiles. Si repasamos las grandes catástrofes de la historia, lo más lógico y probable hubiera sido que el conocimiento recogido en los libros desapareciera, víctima de guerras, epidemias y saqueos. Sin embargo, a lo largo del tiempo, un silencioso río de hombres y mujeres valientes los ha salvado una y otra vez de la destrucción. De alguna forma misteriosa y espontánea, la necesidad de leer ha forjado una sigilosa lealtad entre gente que, sin conocerse, ha empeñado sus esfuerzos en preservar el caudal de nuestros mejores relatos, sueños y pensamientos. Personas unidas por el deseo de proteger los libros. Y, frente a los profetas de la extinción, nosotros sabemos que este antiguo amor anónimo los seguirá salvando.”

Mi objetivo con la creación de este club siempre ha sido mantener ese amor por la lectura, cultivarlo en más gente y compartirlo con otra, además de demostrar que sí hay jóvenes lectores. A pesar de la desidia, fruto del ritmo acelerado de la vida contemporánea, los libros continúan sobreviviendo, como siempre lo han hecho,

contra todo pronóstico. Y, ahora, quiero poner mi granito de arena y fluir en ese “río de hombres y mujeres valientes” que han salvado a los libros de su destrucción, además de mostrar a todos los guardianes de libros que conforman el club.

En *El club de los poetas muertos*, un grupo de jóvenes crean una sociedad literaria en la que comparten poesía en un acto de rebelión contra el estricto régimen del internado en el que estudian. Disfrutaban intercambiando versos en una cueva, en la clandestinidad de la noche, con la luna y las estrellas alumbrando su poesía. Su profesor de literatura, muy dispar del tradicional y poco efectivo método educativo del centro, incentivaba a sus alumnos a la lectura, ayudándoles a encontrar la belleza en esta y mostrándoles la trascendencia de las palabras, las emociones que suscitan. “En el hechizo del momento, dejábamos que la poesía desplegara su magia [...] No solo leíamos poesía, la saboreábamos en nuestra boca, como miel; se elevaban los espíritus, se desmayaban las mujeres y se creaban dioses”, así describía el profesor Keating las sesiones de su club de poetas muertos en, sin duda, una de mis escenas favoritas de la película. Nosotros queremos, al igual que esos jóvenes ficticios, defender las letras. En un mundo que busca lo rentabilizable, los libros se ven amenazados, y también las humanidades. No queremos que, al igual que Neil, nadie sea despojado de la literatura, ni de sus sueños. El mundo necesita a jóvenes ávidos de conocimiento, con iniciativa, capacidad y, sobre todo, espíritu lector. Las letras nos unen, la comunicación nos entreteje, sin ella, los lazos humanos serían endebles, imposibles. Los libros nos inducen al diálogo, nos entrelazan. Gabriel Plaza, mejor nota de EVAU en Madrid de 2022, ha elegido estudiar filología clásica, afirmando: “Prefiero la felicidad al éxito seguro”.

Hay una expresión latina que dice: “*Verba volant, scripta manent*” (Las palabras vuelan, lo escrito permanece) Yo quiero que esta historia permanezca; porque, al igual que para nosotros ha sido importante, estoy seguro de que para alguien más lo será. No quiero que nuestras sesiones queden perdidas en las tinieblas del pasado, sino que perduren en el papel e inspiren a otros jóvenes que sientan la necesidad de compartir la lectura. Esta es la historia de un pequeño club que ha supuesto una gran victoria. La imperiosa y eterna victoria de los libros.

Fruto del azar

Antonio Javier Fernández López

Los libros han sido fieles aliados míos desde que era muy pequeño. Soy un lector desde una temprana edad, alentado siempre por mis padres, sin los cuales seguramente jamás habría tocado un solo tomo. Aún recuerdo una saga que devoré con apenas siete años que se llamaba *Pablo Diablo* y, con cariño, guardo en mi memoria cuando mi madre me leía *El árbol mágico*, de Enid Blyton por las noches hasta que me quedaba dormido, con el susurro de mi madre relatando aquellas fantásticas aventuras, perdido en aquel árbol con mis entrañables amigos (Seditas, Cara de luna, Cacharros...). Este libro fue el que prendió mi pasión por las letras.

Pronto, me aficioné a leer *Gerónimo Stilton*, del cual tenía numerosas sagas, y a *El diario de Greg*. Más tarde, pasé varios años sin apenas tocar un libro y perdí un poco mi amor por ellos, podría decir que casi se tornó en odio, pero creo que se trataba más bien de una absoluta indiferencia, provocada por ese acuciamiento mediático, que disuade del espíritu crítico del lector e insta a dejar la reflexión a un lado, a no hacer demasiadas preguntas, una masa de alienación que nos engulle con ferocidad. No fue hasta que comencé a aficionarme a los idiomas que empecé a comprender la importancia de la lectura y me empujé a mí mismo a retomar aquel abandonado hábito. Leí *Rebeldes*, de Susan E. Hinton, para el colegio y lo disfruté bastante, también leí *Ana de las Tejas Verdes*, para clase de inglés y me encantó; pero el libro que verdaderamente me hizo retomar la lectura y me recordó cómo se siente devorar un libro fue *La bruja de Near*, de Victoria Schwab.

Tiendo a la fantasía, porque es lo que me gusta de la lectura: la evasión, la creatividad, la excentricidad de las historias, lo retorcido de los relatos, los personajes complejos, los mundos completamente diferentes al nuestro, el desafío que una novela puede resultar para la realidad... Las páginas son mundos en blanco donde todo es posible, en ellos se pueden crear utopías de cualquier calibre. Hadas, sirenas, elfos... da igual cómo de descabellado suene. En las páginas vacías de un tomo, todo se puede crear. Quizás por eso se me ocurrió comenzar todo esto, crear un club de lectura, por ese pensamiento de que los libros todo lo pueden y que, en parte, la vida es una página

en blanco esperando a que alguien la escriba. A lo mejor durante todo este trayecto he estado empujado por mi espíritu fantasioso.

Este proyecto, al igual que la mayoría de grandes ideas, surgió del más arbitrario designio del azar, una ridícula casualidad, una muestra más de que la suerte surge cuando menos se la espera y de que la mayoría de sucesos que nos ocurren no son más que una grotesca burla del destino, como esa manzana que cayó del árbol dando a parar en la cabeza de Newton. Era verano de 2021, probablemente julio, aunque no alcanzo a recordar la fecha exacta, el calor me hacía delirar, mientras leía *Una canción salvaje*, de V. E. Schwab, en la terraza. El sol se filtraba entre mis poros, evaporando cada ápice de sentido de mi ser, mientras navegaba en aquel tenebroso mundo de oscura fantasía y adictiva intriga, envuelto en un halo de misticismo y suspense, cuando, súbitamente, tuve la descabellada idea de crear un club de lectura.

Seguramente sería la sensación febril tras estar dos horas bajo el calor del sol, quizás, al igual que El Quijote, había perdido la cordura entre las páginas de aquel libro, que parecía haberse fundido con las palmas de mis manos, porque no era capaz de desprenderme de él; pero había algo en aquella idea, por muy disparatada que fuese, que me llamaba mucho la atención. De igual manera que me gustaba compartir mi opinión sobre series o música, quería encontrar a gente con la que hablar de libros, anhelaba un espacio donde compartir la literatura con jóvenes que sentían la misma pasión que yo por las letras.

Tan pronto como surgió la idea, vinieron las dudas. No me creía capaz de llevar aquello a cabo, porque eran escasas las personas que conocía que amasen la lectura y porque no tenía los medios para desarrollar tal proyecto. En definitiva, crearlo había dejado de ser una opción y, por tanto, pensé que quizás podía unirme a uno ya existente, si es que lo había. Investigando en internet, me topé con un club de la Biblioteca Provincial y, en cuanto pude, les mandé un correo.

Al día siguiente, recibí respuesta del director de la biblioteca, Mariano José Boza, que por desgracia no conservo, pero en el que me explicaba que solo había club de lectura de adultos y en el que me proponía crear mi propio club de lectura juvenil, poniendo a mi disposición una sala de la biblioteca y la compra de los volúmenes necesarios. Mi primera respuesta cuando leí el correo fue un rotundo sí y una sensación infinita

de agradecimiento y sorpresa, aquel sueño lejano parecía hacerse cada vez más cercano, podía cumplirse y, siendo sincero, no daba crédito ¿Estaba aquello pasando de verdad? ¿O mi creatividad desbordante me estaba jugando una mala pasada?

A veces pienso en lo fácil que habría sido que nada de esto hubiera sucedido. Que no hubiese tenido la bizarría suficiente para mandar aquel correo, que no hubiera escrito correctamente la dirección y todo lo que había escrito se hubiese quedado perdido entre los borradores de mi *gmail*, que no hubiese obtenido respuesta, etc. Hay tantas formas en las que el mensaje se pudo perder durante el trayecto... Y, sin embargo, llegó, y supuso un comienzo sin siquiera saberlo, un mero *click* que, a causa del azar, significó el inicio de un trayecto que jamás habría imaginado recorrer; pero que agradezco profundamente haber vivido.

Nada más pensar largo y tendido acerca del tema, comencé a sentir algo de recelo. Creía que era un proyecto demasiado grande como para llevarlo a cabo yo solo. Y aquí es donde entraron en acción María y Carlota, cuya ayuda hizo que todo esto haya sido posible. El motivo por el que creo en la sinergia.

Cuando los sueños superan la razón

Carlota María Reyes López

Un día de verano como otro cualquiera, recibí un mensaje de mi amigo Antonio. Me había levantado sobre las una y media de la tarde, tras haberme quedado despierta hasta las tantas de la madrugada (en un principio comenzó con “un capítulo más”, más tarde se convirtió en medio libro). Helado en mano, por el calor que sufría, leí el mensaje. Ponía algo así como: “Carlota, *OMG*, acabo de recibir un correo de la biblioteca diciendo que cree un club de lectura, pero yo solo no puedo. Necesito tu ayuda” yo no tardé en responderle con sinceridad: “estás loco”. En un principio, pensé que era una idea bastante absurda ¿Quién iba a querer hablar de libros hoy en día? Pero esa ilusión y devoción mía por la lectura me mantuvo algo esperanzada y, en el fondo, algo en mí me empujaba a seguir adelante con el proyecto. Por tal de ayudar a Antonio y apoyarlo en su proyecto, por el cual, sabía, tenía mucha ilusión, decidí aceptar.

Pasamos un par de semanas preparándolo todo. Nos reunimos con Mariano varias veces y, entre Antonio, María y yo hicimos varias videollamadas. Confabulamos una lista de libros, una especie de corpus literario juvenil en el que recogimos todos los tomos que queríamos leer cada mes durante el próximo año en el club y se lo entregamos a Mariano, que lo aprobó sin inconveniente alguno. Organizamos las sesiones: acordamos que serían tres al mes y que la primera sería para recoger el libro y hablar de nuestras expectativas; la segunda, para comentarlo hasta la mitad y la tercera, hasta el final. Pasamos unos días de disfrutado trabajo y ansiosa espera, aguardando, intrigados, el resultado de aquellas preparaciones ¿Merecerían la pena? ¿Sería todo en vano? La duda nos hacía titubear de vez en cuando, temíamos que nuestro proyecto no prosperara. Aun así, continuamos trabajando con la esperanza de que todo funcionase. Diseñamos carteles para difundir el club lo máximo posible y comenzamos a preparar cada sesión del mes de octubre. Barajamos varias actividades que llevar a cabo: se nos ocurrió hacer disertaciones dialógicas en base a citas del libro, crear listas de reproducción con canciones que fueran significativas en algunas escenas, hacer un *booktrailer*... Fue muy divertido colaborar entre los tres y quedamos encantados con la predisposición de Mariano, que nos ayudó y apoyó en

todo lo que propusimos, sin poner obstáculo alguno. Estamos verdaderamente agradecidos por el espacio que nos ha dado en su biblioteca y los medios que nos ha proporcionado.

Como ya he explicado, mis expectativas no eran de ninguna manera altas, sería una mera visión pesimista, un pensamiento nublado por la incertidumbre o la certeza equivocada de una juventud cada vez menos lectora; pero me equivoqué, aunque raramente falla mi intuición, y me alegro de haberlo hecho, porque lo que un día fue un sueño ahora es real y es increíble compartir cada sábado nuestras opiniones, reír, discutir... Es interesante hablar de libros y comentarlos con desconocidos a través de una pantalla, ver reseñas por internet..., pero creo que es mucho mejor cuando dos personas, mirándose a los ojos, hablan. Ese cara a cara sincero mientras se dicen lo que han sentido al leer aquel libro que les cambió la vida, el amor con el que hablan de cada personaje, cada página... Así me siento compartiendo mi emoción por los libros con mis compañeros del club. Agradezco a *Antoñete* por nunca rendirse con este proyecto, ese descabellado plan de juntar a un puñado de adolescentes para debatir y gritar de emoción al saber qué pasó al final con ese personaje al que todos aman, o el pasado oscuro de ese villano que acaba resultando incluso entrañable, el mismo fanatismo de un concierto traducido a literatura. También quiero agradecer a todos los integrantes, por su colaboración y porque se han ganado un cachito de mi corazón. Aunque tenga que despertarme muy temprano los sábados por la mañana, porque vivo lejos de la biblioteca, merece la pena, porque no hay nada mejor que compartir la lectura y, aún más, vivirla.

Los pequeños detalles de la vida

María Cenalmor Ortega

Normalmente, espero comenzar el verano yendo con mis amigos o con mi familia a la piscina, a la playa, a dar una vuelta... En cambio, el pasado verano lo comencé de un modo un tanto diferente: con un mensaje. Todavía me sigo preguntando cómo aquella noticia que me mandó Antonio pudo hacerme tan feliz.

Él me proponía uno de los planes más disparatados que había escuchado hasta el momento: crear un club de lectura juvenil. Esa mañana descubrí que, en el fondo, era algo que deseaba, aunque siempre lo hubiese concebido como algo irrealizable, típico de las películas, y me sentí profundamente agradecida por tener la oportunidad de coordinar tal proyecto. No obstante, he de admitir que no tenía muchas esperanzas; era difícil crear un club de lectura e incitar a personas de nuestra edad a participar en él, al fin y al cabo, pocos jóvenes leen actualmente.

Antonio, Carlota y yo quedamos un día para visitar la biblioteca y proponer al director, Mariano, todos los libros y planes que teníamos sobre este proyecto. Mariano quedó encantado por la emoción que veía en nosotros y en el trabajo que poníamos en la creación de nuestro club y nos proporcionó todas las herramientas y posibilidades que él tenía a mano para que prosperara. Decía que muy pocos jóvenes se acercaban a la biblioteca y veía en nuestro proyecto una forma perfecta de incitar a la lectura: ayudar a los jóvenes a descubrir la diversión entre los tomos, abrirles puertas a las letras... Queríamos que más gente de nuestra edad descubriese el mágico mundo de la lectura.

A la hora de elegir los libros, propusimos una serie de títulos a Mariano, con cierto espacio para la improvisación, puesto que, una vez asentado el grupo, queríamos dar cabida a las preferencias y gustos de nuestros nuevos compañeros. Queríamos que nuestra reivindicación lectora fuera íntegra, completa, que abrazase la diversidad de gustos literarios que hay entre los jóvenes, es por eso que elegimos tanto novelas históricas, como juveniles, e incluso de temas de la cultura clásica... siempre intentando encontrar los libros adecuados, para que no fueran aburridos y tuvieran una trama interesante para tratar.

A lo largo de este extenuante, pero intrépido y maravilloso trayecto, hemos podido descubrir nuestra capacidad de analizar los libros e indagar en ellos por nosotros mismos. Como jóvenes, caemos en el error de considerarnos ignorantes, pero lo cierto es que debatir sobre los libros y preparar las sesiones nos ha hecho fijarnos en nuevos detalles, hallar nuevas facetas de los libros, alcanzar su trascendencia. De hecho, pienso que al saber que más tarde debíamos leer sobre él, lo leíamos con cierta predisposición, reflexionando más sobre el estilo y el sentido de cada página.

Los libros nos hacen mejores personas, porque nos obligan a contemplar todo tipo de puntos de vista. De hecho, estoy plenamente convencida de que cualquier lector tiene mayor capacidad de observar las distintas perspectivas de un mismo hecho y respetarlas. Un buen bibliófilo puede ser escéptico, retraído; pero jamás dogmático. Si tal es el poder de los libros, capaces de apaciguar a las personas y abrir sus mentes, mayor es su capacidad cuando cumplen su otra función: la de unir vidas. Estar con gente que piensa de forma diferente a nosotros, pero que comparte nuestra misma afición, nos hace darnos cuenta de que todos leemos el mismo libro, pero cada ojo ve una historia diferente. Por eso es tan interesante compartir cada uno la suya propia, porque aprendemos unos de otros.

Para mí, el club de lectura es una forma de alargar la vida de los libros. Siempre me ha frustrado el momento en el que termino uno (sobre todo cuando es muy bueno) ¿Cómo olvidar historias que han cerrado heridas? ¿Qué hacer tras quedar con el corazón quebrado tras un trágico final? Hay historias, personajes, escenas, que han pasado a formar parte de mi alma y jamás podré desprenderme de ellos, por eso, en el club de lectura logramos que esa emoción se extienda un poco más en el tiempo, porque, mientras comentamos el libro, continuamos viviéndolo, encarnándolo. Desde luego, hay historias que prefiero guardar para mí, porque pienso que la lectura, en ocasiones, también es algo íntimo; pero hay muchas otras historias que necesito compartir y saber cómo se ven con otros ojos. Esta sociedad literaria va de eso, de dar vida a los libros, ir más allá de la trama y compartir emociones... Es genial ver que mi percepción coincide con la de otras personas, pero es todavía mejor cuando parece que no hemos leído el mismo libro, puesto que descubro nuevos aspectos. Y he de confesar que también es una buena excusa para juntarme con nuevas personas y disfrutar juntos del mejor de los placeres: la lectura.

Octubre 2.021

Alguien está mintiendo

Antonio Javier Fernández López

El primer día fue una montaña rusa de emociones. Recuerdo el cosquilleo que sentía por todo el cuerpo. Cuando me subí al bus camino a la biblioteca. Cuando me bajé. El corto camino andando. Cuando crucé el umbral de la puerta... La primera sesión fue un torbellino de emociones, en mi corazón había sentimientos encontrados. Mi mente era una riada de pensamientos que fluían con fiereza por un caudal cada vez más cercano al desborde. Carlota, María y yo aguardábamos, con entusiasmo y pavor al mismo tiempo, en la entrada de la biblioteca.

No sabíamos cuánta gente iba a venir, si íbamos a quedarnos los tres solos... la palabra "fracaso" iba y venía en mi mente como un espectro sigiloso y acechante, a la espera de una oportunidad para entrar en escena. Los comienzos son difíciles, eso es cierto; pero sería injusto no hablar de la otra cara de la moneda. Empezar supone una gran oportunidad, el posible vaticinio de un futuro éxito. Amenizaba la espera esa ilusión de pensar en la posibilidad de que todo va a ir bien, el brillo en los ojos al imaginar un sueño hecho realidad: la esperanza.

Aquel día no presenciábamos ningún vaticinio, ni tuvimos que aferrarnos a una ciega esperanza, porque verdaderamente sucedió. A la sesión asistieron cuatro personas más: María Delgado, Jorge Villalobos, Pilar Boza y Mariana Boza. Fue un comienzo modesto; pero, para nosotros, supuso un gran triunfo. Habíamos logrado que cuatro jóvenes se despertaran temprano un sábado por la mañana para hablar de libros con nosotros.

Pasamos la hora conversando acerca de literatura, películas, series, nosotros mismos... Logramos que, en apenas un rato, varios desconocidos acabaran hablando con la confianza de la más longeva amistad. Y aquí comencé a gestar la idea sobre la que se fundamenta esta memoria: los libros unen. Hay algo en el misticismo de las páginas, la hechicería que habita en los tomos... la afinidad entre dos lectores es mágica, instantánea y, lo más importante, duradera. No hay nada más bonito que una

amistad basada en ambas, recreación y conocimiento. Dos personas que se entienden a la perfección, porque comparten la misma pasión.

El libro que leímos fue *Alguien está mintiendo*, un *thriller* estadounidense de la escritora Karen K. McManus con el que quedamos fascinados. Según avanzábamos en las sesiones, sentía que vivía un sueño cumplido. Los miembros hacían preguntas, participaban, colaboraban... No fue fácil en un principio dar dinamismo a las sesiones. Como coordinador, era mi tarea llevar el ritmo de la sesión y, en un principio, me costaba hacer que comprendiesen que no se trataba de levantar la mano, o de ir por turnos... aquí había libertad para dejar a las palabras aflorar sin previa reflexión; quería que dejaran fluir sus pensamientos y los liberasen sin más, que sucumbieran a la espontaneidad, para dar paso a una sinceridad verdadera.

En las siguientes sesiones, se unió Hugo y lo recibimos con entusiasmo y alegría al ver que nuestro grupo crecía. María y yo preparamos varias actividades muy divertidas: entre todos confabulamos un reparto de actores para una posible película, poniéndonos de acuerdo entre algunas propuestas y manteniéndonos fieles a las descripciones del libro, también intenté incorporar la música a las sesiones, creando en conjunto una banda sonora del libro, en la que elegimos canciones que, sobre todo por su letra, se podían utilizar en ciertas escenas. Paralelamente, comentábamos el libro: su trama, las relaciones entre los personajes, el causante del posible asesinato... Nos convertimos en precarios detectives y entablamos una seria conversación en la que expusimos motivos y pruebas con las que defendíamos nuestras acusaciones hacia distintos personajes.

En general, disfrutábamos del diálogo, la compañía y la literatura. El libro fue bastante entretenido, una buena novela para comenzar. El final, desde luego, no nos dejó indiferentes y fue también motivo de una conversación larga y tendida.

Fue un pequeño comienzo que auguraba un gran futuro, habíamos construido unos cimientos bien sólidos sobre los que más tarde erigiríamos nuestro palacio literario. Quiero aprovechar para agradecer, en especial, a los cinco primeros integrantes, que han sustentado este club, por confiar en nuestro proyecto desde el principio y, sobre todo, a María Delgado, por habernos acompañado durante todo el trayecto. Las tres

sesiones de octubre no fueron más que el comienzo, pero ya celebrábamos una gran victoria.

La realidad superó la ficción

María Delgado Gallegos

Tan solo recuerdo que en aquel momento pensé que era una buena idea. Sí, ese momento en el que aquellas tres personas conocidas de mi colegio vinieron a mi clase para presentar aquel proyecto con ilusión. El cariño en sus palabras al hablar de los libros y su promesa de un lugar donde compartirlos suscitó algo en mí. El miedo a lo desconocido tal vez me hizo dudar al principio pero ¿Qué es la vida sin riesgos? Recordé aquella expresión latina de *El club de los poetas muertos*: “Carpe diem” me dije a mi misma y, una semana antes de que esta aventura comenzara, le escribí a María preguntando por la información, con el recelo de quién pisa tierra desconocida y la duda latiendo con fiereza. Soy intensa, debo admitirlo, y compartir con la gente momentos, opiniones, libros, películas e incluso algo tan efímero como el tiempo fue y sigue siendo inolvidable, sabía que había hecho algo de lo que no me arrepentiría.

Leer... Todos lo hacemos: el periódico, los apuntes de clase, carteles publicitarios y una larga lista de etcéteras; pero, disponiendo de todo el abanico de posibilidades tecnológicas que viven a nuestro alrededor ¿Qué clase de adolescente, hoy en día, puede dedicar tiempo, sentado, a leer? Eso pensaba yo antes, que era rara y que ese placer al leer era algo que solo yo sentía. Me creía una lectora condenada a la pasión silenciosa y la lectura solitaria. Encontrar a este grupo de jóvenes que todos los sábados se levantan temprano para comentar un libro que nos ha hecho gritar, llorar, reír y, en general, sentir, de la misma manera que a mí, me hizo ganar la esperanza.

Soy una soñadora y culpo a los libros (con cariño) de ello. Mi lenguaje está lleno de referencias literarias, fragmentos de mi personalidad se construyen sobre los personajes que habitan en mí y a los que, tras leer un libro, doy cobijo en mi corazón. Sí, los personajes de los libros pueden ser invenciones para algunos; pero, para otros, son amigos que perduran en una para siempre. Ojalá hubiera alguna manera de sacar a los personajes de los tomos. ¿Quién no querría, verdad? Me encanta emocionarme cuando dos protagonistas que sé que deben estar juntos lo consiguen, llorar y enfadarme, porque el autor ha matado a aquel personaje al que tanto cariño le he tomado (En serio, ¿qué necesidad?) y el vacío que siento cuando acabo una historia

que sé que, de alguna extraña manera, me ha cambiado, porque las buenas lecturas perduran y esto es lo que conseguimos en este club; que las historias, emociones y los libros, porque esto va de ellos, perduren.

Por eso escribo esto, idea de Antonio, que tanto amor le ha puesto a este trabajo, para que los testimonios de adolescentes apasionados, por mucho que pase el tiempo, estén a disposición de cualquiera que alguna vez ha sentido que no hay nadie que comparta su pasión... los libros nos unen y por eso hay que celebrarlos en espacios como este, para que las palabras salten de las páginas y podamos cumplir con su función, la de acariciar nuestras almas y entretejer nuestros corazones.

¡Gracias, gracias, gracias...! Por hacerme sentir como en casa, ¡Y que sigamos compartiendo esto tan bonito que tenemos! Porque efectivamente, la realidad ha superado la ficción con todo el buen sentido de la expresión. Hemos hecho posible lo imposible.

Acabo citando una frase de Michel Houellebecq que me gusta mucho: *“Vivir sin leer es peligroso, obliga a conformarse con la vida”*.

Noviembre 2.021

Una educación mortal

Antonio Javier Fernández López

Los libros vienen y van. Los compramos, los prestamos, los retomamos, los dejamos, los amamos y, en alguna que otra ocasión, los detestamos. Hay tantas lecturas como estrellas en el cielo, cada una alberga una historia diferente, un mensaje... y podemos tener la suerte de toparnos con una que nos encante; pero también puede haber alguna que no tanto. Eso es lo que pasó con *Una educación mortal*, un libro en el que teníamos todas nuestras esperanzas puestas, pero que acabó no cumpliendo nuestras expectativas.

En noviembre, el club sufrió una crisis interna. Me gusta compararla con la guerra civil de Estados Unidos, porque, aunque pueda parecer una comparación un tanto exagerada, en ambas situaciones, la fragmentación más absoluta desembocó en una unidad invulnerable. Jorge tuvo que abandonar el club, porque le resultaba imposible conciliarlo con los estudios y encontraba complicado llevar el libro leído hasta donde debía cada sábado. Al resto de miembros, también les resultaba complicado asistir a las sesiones, por lo tediosa que estaba resultando la lectura de este libro, por lo que, a la mayoría de las sesiones, asistíamos por lo general cuatro personas a lo sumo.

Lo que en octubre nos había parecido una pradera verde y cargada de vida, ahora se había tornado en un páramo helado. Parecíamos haber entrado en un serio declive. Por suerte, contamos con la llegada de Greta al club, que contrarrestó el desplome.

Paralelamente, el libro no nos podía parecer más monótono y aburrido. Lo que más nos sorprendió es... que no tenía trama ¿Cómo era eso posible? Habíamos oído hablar de una alucinante historia de una humilde alumna en una escuela de magia en la que debía de luchar por graduarse, porque quien no lo hacía, moría; en cambio, nos encontramos con la vida de una protagonista de lo más irritante, incapaz de relacionarse con nadie, y su rivalidad contra el favorito de la escuela. No había un camino, un objetivo, la historia no iba a parar a nada... simplemente se relataba el día a día de El, la protagonista, y enumeraba una larga lista de hechos que la autora incluía en el hilo de la historia sin cohesión alguna. Me gustó mucho una reflexión que

hizo María Delgado y es que “tiene que haber libros malos, para valorar los buenos”, al igual que las experiencias o las personas (me permito añadir).

Al ver que perdíamos miembros y sentir que nuestro gran proyecto, cuyo futuro resultaba prometedor, se nos escurría de entre las manos y comenzaba a decaer, llegamos a la conclusión de que debíamos tomar acción y difundir aún más el club. De la misma forma que el norte y el sur de Estados Unidos acabaron más unidos que nunca, tras reconciliarse y abrazar el abolicionismo, nuestro club inició, en diciembre, un despegue que más tarde se haría imparable.

Diciembre 2.021

Navidades trágicas

Antonio Javier Fernández López

Toda historia tiene un giro de trama, un punto de inflexión en el que todo despegar y cobra sentido, cuando los protagonistas comprenden, al fin, la verdad de su naturaleza y, en un arduo desafío al destino, emprenden su lucha contra las adversidades que los perturban. Durante el mes de diciembre vivimos un verdadero *plot twist*. Veníamos de un mes que nos había hecho perder la ilusión, éramos un núcleo muy reducido y, aunque lo pasábamos bien en las sesiones, queríamos crear un grupo más grande, nos gustaba la idea de poder acoger a más gente y agrandar ese círculo de sillas en el que nos sentamos cada sábado. Difundimos el club por todos los medios posibles y, al fin, logramos que más gente se apuntase.

Gracias a Carlota, se unió Eva. También María Ángeles y Julia, a las que conocíamos del colegio, y Carmen, amiga de Greta. En definitiva, logramos expandir nuestra propuesta lectora y estábamos encantados de tener más puntos de vista y más voces en el club. Éramos ese Estados Unidos próspero y unido tras la guerra civil, habíamos construido una nación literaria basada en la libertad y la unidad, una juventud capaz, como el país norteamericano. Elegimos una lectura navideña, acorde con las fechas: *Navidades trágicas*, de una escritora que, sabíamos, no nos iba a decepcionar, Agatha Christie, para no volver a caer en el error del mes anterior. Todos disfrutamos de aquella lectura en la que pudimos expandir nuestros horizontes, contando con muchas más mentes que aportar sus pensamientos y muchos más corazones latiendo al unísono. Fue una lectura de lo más intrigante, unas navidades tradicionales inglesas en una familia un tanto peculiar y con la aparición de dos nuevos miembros misteriosos... Entre esas contiendas típicas de las reuniones familiares, en las que salen a la superficie antiguos rencores y secretos ocultos, acontece un crimen que enturbia el júbilo de las festividades y que solo el detective Poirot podrá resolver.

Al igual que con *Alguien está mintiendo*, lo pasamos muy bien discutiendo sobre quién podía ser el asesino, con pruebas y citas que fundamentaban nuestras hipótesis. Para romper un poco el hielo y darle una bienvenida más acogedora a las nuevas

integrantes, hicimos una sesión en la que confeccioné unas diapositivas con preguntas acerca de libros. Dedicamos una sesión a conocernos un poco, con actividades más distendidas: recomendándonos libros, hablando de títulos, autoras, géneros... hicimos una lista de las mejores lecturas del año, y también de las peores, en la segunda no dudamos en incluir *Una educación mortal*, aunque también cabe destacar que fueron muchas más las que nos encantaron que las que no.

La última sesión iba a ser una despedida temporal, no nos íbamos a ver hasta febrero, y, por eso, decidimos alargarla un poco más y continuar hablando de libros en una cafetería cercana en la que mantuvimos nuestras ya acostumbradas conversaciones sobre literatura. Lo cosechado en octubre comenzaba a dar sus frutos y recuerdo un instante en el que miré a mi alrededor, me acababa de quedar sin conversación (mi repertorio de libros comenzaba a escasear, mientras Greta continuaba enumerando libros y libros de su inacabable estantería) y observé la escena: más de diez jóvenes conversando, ilusionados, sobre libros, series, arte... gente que había encontrado un lugar donde se sentía comprendida y al fin se permitía alzar la voz. Carlota, que se había fijado en mi expresión de satisfacción me dijo: “¿No es enter necedor ver cómo hablan?” y vino a mi mente aquella tarde de verano cuando una mera idea había revoloteado por mi mente... ¿Quién me habría dicho que el resultado de aquella primera y fugaz figuración llegaría a ser la construcción de este hogar para lectores?

Sempiterno

Eva Fernández Espinosa

Con la llegada de las tecnologías, muchos hemos olvidado lo que es palpar y sentir la finura y ligereza del papel al pasar de una hoja a otra de un libro, hemos dejado que se pierda en la niebla del pasado el fresco olor de la tinta de los libros nuevos y la sabiduría impregnada en los antiguos; aquellos títulos de los libros que marcaron de manera significativa el pasado, ahora caen en el olvido. Leer es, hoy en día, un hábito peculiar, aparentemente condenado a la desaparición, amenazado por las distracciones mediáticas.

Permítanme ponerlo en duda. Mientras siga habiendo almas ávidas de conocimiento, en busca de lugares nuevos e intrépidas aventuras, personas que sientan cada palabra, cada página, cada capítulo y que construyan palacios en el cielo con el don de la imaginación, los libros no desaparecerán. Claro que la forma de escribir evolucionará, eso es inevitable y necesario, siempre se reciclan viejas ideas, escondidas en enormes baúles cubiertos de polvo, siempre y cuando haya alguien que sepa dónde buscar, pero también habrá mentes con ideas insólitas y excéntricas que nos harán mirar las cosas desde otra perspectiva. Y eso es lo bueno de la lectura, que haya donde haya una historia habrá alguien que la viva en su propia carne y que la transmita hasta llegar a convertirse en un magnífico tomo que muchas más personas leerán.

Con esto me gustaría llegar al comienzo de este club tan variopinto y extraño para mí en sus comienzos.

Vivir en un siglo tan marcado por las tecnologías me llevó a pensar, desde un punto de vista un tanto pesimista, que finalmente los libros se extinguirían debido al pequeño número de personas en mi entorno que disfrutaban del placer de la lectura. En cambio, mi llegada al club me abrió los ojos y me devolvió la esperanza de un futuro mejor.

Ver que personas tan jóvenes tuvieran opiniones críticas y preguntas existenciales con las que me identifico, personas que compartían la misma pasión que yo y que tuvieran esa imaginación desbordante tan característica de los ávidos y expertos

lectores me hizo darme cuenta de que vivimos en un mundo tan grande y tan pequeño a la vez que encontrar a gente afín es una suerte increíble y que la literatura ayuda a conocer a las personas sin apenas pronunciar palabra.

Mis comienzos en la lectura fueron desde tan pequeña que no recuerdo mi primer libro, he pasado toda mi vida entre capítulo y capítulo de mis libros, ¡incluso llegó un momento en el que era capaz de leer un libro por semana!

Los libros siempre han llevado a otros mundos, mundos en los que jamás podría vivir si no fuera por el poder de la lectura y la imaginación; cuando leo me reencarno en un personaje, me identifico con sus cualidades, vivo su mundo a través de mis ojos y siento sus emociones como si fueran mías. Los libros me han hecho llorar, aprender a caerme y levantarme, reír, encontrar la luz al final del túnel más profundo... me han acompañado durante mi crecimiento como persona, me han ayudado a madurar y han llenado mi cabeza de conocimiento y sabiduría.

Cito una frase de la autora de La vida invisible de Addie LaRue, V.E.Schwab que resume mis ideas brevemente:

"Para mí, las historias son como cazuelas que dejamos sobre los fogones. Es decir, el resultado de muchos ingredientes cocinándose a fuego lento. El contexto. El anhelo de un personaje. Un momento crucial. El Final. El Tema. Todos estos elementos se añaden uno por uno a la cazuela hasta que empiezan a mezclarse y fundirse y se convierten en un guiso. Una historia lista para ser contada. El proceso de la escritura es inmortal en sí mismo. Una historia que se narra llega a otros y es recordada"

Me encantaría que nuestra historia pueda llegar a quién la necesite, a otros jóvenes que, al igual que yo, observan acongojados el declive social de nuestra generación, para que recuperen la esperanza. Sigue habiendo lectores. Creo que hemos construido algo pequeño capaz de contribuir poco a poco a cambiar el mundo.

Un placer compartido

Carmen Soto Serrano

Para mí, la palabra hogar no solo significa tener un techo bajo el que vivir, significa un lugar donde ser feliz y sentirse cómoda, un refugio en el que cobijarse con la certeza de que con eso basta para todo lo demás, la lectura para mí es eso, un hogar. Entre las páginas y los capítulos de los libros me refugio y acomodo, me siento como en casa.

Empecé a apreciar la lectura siendo muy pequeña, adentrándome en los mundos de Tea Stilton o Nikki, sintiéndome una más de la historia y viviendo sus aventuras como si fuesen mías, encarnando en mi mente aquellos vastos mundos de papel.

A día de hoy sigo explorando nuevos mundos, aunque de una forma diferente. Ya no leo sobre ratones en mundos mágicos o aventuras de una adolescente en una obstinada contienda contra su mayor enemiga, ahora me apasiona el mundo del romance. Me gusta presenciar como dos vidas convergen, la forma en que dos almas se enamoran y comienzan a compartir su vida. Aún sabiendo lo idílicas que resultan esas historias en ocasiones, me enternece vivirlas y soñar con ellas, lo mejor de leer es poder hacer real lo imposible, conciliar mis anhelos con la realidad.

Cuando, un día, en el colegio, se me presentó la oportunidad de ir a un club de lectura donde compartir ese amor que tenía por los libros, no tuve que pensármelo dos veces, me apunté con toda la ilusión del mundo. La lectura abre la mente, despierta esa creatividad que habita en nosotros y me parecía increíble la idea de compartirla con otra gente, poder caminar tomada de la mano de otros compañeros lectores durante ese intrépido viaje que resulta adentrarse en la trama de un libro. Antes, leer era algo íntimo, propio, sólo lo hacía en la soledad de mi cuarto y, si compartía alguna lectura, era con un grupo muy reducido de amigos. Ahora, sigue siendo así en ocasiones, pero, cada sábado, puedo asistir a las sesiones y compartir mi opinión, lo que me ha hecho sentir el libro y libero esos pensamientos que hasta ahora habían permanecido aprisionados.

El papel que no ardió

María Ángeles Vallecillos

Cada persona habla de la lectura como de una persona y cada relación es única y personal. Algunos encuentran en ella un amigo fiel, una inspiración, una tarea que realizar, otros tantos afirman que los libros son su familia, un viaje extraordinario, un nuevo punto de vista, habrá quien piense que leer es algo indescifrable, algo imposible. La lectura es como la historia: dependiendo de a quién se le pregunte, se obtendrá una respuesta distinta y, solo juntando todas, podrá concebirse una idea de lo que es. Como ese perspectivismo que defendía Ortega y Gasset.

Pertenecer a un club de lectura es encontrar una comunidad, una familia de lectores sin miedo a pensar, es curioso imaginar que cada uno ha vagado por caminos muy diferentes y; sin embargo, todos hemos llegado al mismo punto: los libros. Nuestros caminos han avanzado paralelamente hasta converger de algún místico modo, me gusta pensar que las Moiras continúan entretejiendo vidas, urdiendo nuestro futuro. El resultado de esta unión ha sido un lugar que desafía la desidia y que amenaza con crear jóvenes que reflexionan.

Leer abre una puerta a mundos inexplorados, leyendo se cruza el infinito umbral de la imaginación, se puede viajar sin salir de la habitación o de la biblioteca. Escribir da el poder de crear esos mundos, posibilita lo imposible, otorga el poder de crear y ayuda a liberar pensamientos, sentimientos atrapados en la mente. Ante todo, los procesos de lectura y escritura instan a algo muy importante: pensar. Al leer libros de distintas épocas, se toma conciencia de los avances, retrocesos, evasiones e imposiciones de las distintas eras. Para los griegos, las guerras eran un honor, algo glorioso, Homero dedicó, en *La Ilíada*, más de quince mil versos a las hazañas de los vanidosos guerreros aqueos y troyanos; no obstante, Safo, en la intimidad del papel y lo furtivo de la tinta, se atrevió a escribir: "Dicen algunos que nada es más hermoso sobre la negra tierra que un escuadrón de jinetes, o de infantes, o de naves. Pero yo digo que lo más bello es la persona amada". No fue hasta la Primera Guerra Mundial que la idea de la guerra dejó de resultar tan poética.

Los libros han sido siempre un medio de transporte de ideas: reivindicaciones políticas, sociales, ideológicas, etc. Muchos acabaron censurados, quemados y vetados de ciertos países en según qué momentos históricos. Se dice que Ovidio fue exiliado de Roma por el emperador Augusto tras escribir *El arte de amar* y *El lazarrillo de Tormes* fue prohibido por la Inquisición, Goebbels llevó a cabo una exhaustiva quema de libros defensores del nacionalsocialismo durante 1.933, reduciendo a cenizas ejemplares de Marx, Freud... entre otros muchos. En la novela *Fahrenheit 451*, Ray Bradbury presenta un mundo distópico, aunque no muy alejado de la realidad, en el que los libros han sido prohibidos y los bomberos son los encargados de quemarlos. Curiosamente, la población de esta ficticia nación ha perdido toda capacidad de pensamiento crítico y se encuentra profundamente alienada.

A lo largo de la historia, escribir no ha sido algo fácil, en muchas ocasiones, era un acto de atrevimiento, bohemio en algunas épocas. Las mujeres, sobre todo, encontraron problemas en este sentido: los poemas de Emily Dickinson, las novelas de las hermanas Brontë... no fueron escritas en una "habitación propia" como Virginia Woolf defendía en su ensayo, sino que fueron escritas entre ratos, por la noche, al final de cenas... no tenían el lujo de la libertad, el privilegio de poder dedicar su tiempo únicamente a escribir al sentirse inspiradas. La familia y sus maridos eran su trabajo, ahora podemos decir libremente que ser mujer no es nuestro trabajo, es nuestra situación. Las antiguas escritoras, después de salir airosas de esas trabas personales para crear sus obras, debían hacer frente a la abrumadora burocracia editorial, que se hacía aún más ardua siendo mujer. Algunas recurrían al anonimato, otras optaban por pseudónimos masculinos, siempre silenciadas, desacreditadas. Aun así, hubo algunas que consiguieron publicar con sus nombres y llevarse las ganancias de esas publicaciones, debemos admirarlas por ello.

La lectura no solo nos impulsa a pensar, sino también a aprender. Se descubre el poder de describir, de la acción, se siente la armonía en las letras y el ritmo de un poema en los párrafos. Aprendí con Virginia Woolf a leer más allá de los escritos, a discernir las emociones que subyacían bajo las palabras. Vi, en sus descripciones, dolor y, en la armonía, anhelo, reconocí la soledad en sus párrafos y, donde más latente la percibía, fue en *Al faro*, era claro que la soledad de la señora Ramsay, el anhelo de una vida mejor, no eran solo cosa del personaje, la historia trascendía.

Descubrí, en la fantasía, evasión; en el romance, deseo; en el terror, verdadero pavor; vi, en las tragedias, alivio y, en los ensayos, conocimiento, divulgación. Lo que más me gusta es apreciar la influencia del contexto histórico en cada escritor.

Por todo esto, encuentro increíblemente satisfactorio asistir a las sesiones del club, porque me gusta encontrarnos enfrascados en una conversación donde cada aportación propone algo nuevo, algo en lo que no habíamos pensado. No hay sensación mejor que estar rodeada de lectores, sobre todo siendo tan distintos como somos, me gusta pensar que somos un reducto de valientes sin miedo a desafiar a la hegemonía de las tecnologías, sin prejuicios frente a los que piensan distinto, sino con ganas de aprender de nuevos puntos de vista. Cuando hablamos sobre un libro, siento que, en nuestras opiniones, germinan las semillas de un pensamiento nuevo, el sueño predecesor de una idea, los futuros cimientos de una nueva visión, la bombilla que enciende el candil que alumbra el camino hacia el éxito. Un mundo abierto al diálogo, la expresión y la libertad.

Pero me niego a acabar este relato de manera que tenga un final cerrado, porque, ciertamente, no ha acabado, es más, acaba de empezar. Mira a tu alrededor. ¿Cuántos móviles ves, cuántos ordenadores, tablets, consolas...? ¿Cuántos libros?

Febbrero 2.022

El Ciclo del Eterno Emperador

Antonio Javier Fernández López

Los libros, sin un lector, no son más que un conglomerado de grafías y papel, una marabunta de garabatos sin sentido ni propósito. Es el lector el que da vida a un libro, el que lo hace pasar de un objeto común a un tesoro preciado.

Los libros son una excusa para pensar, la chispa que consigue prender la llama del interés y el conocimiento. Me gusta pensar que los libros son nuestras reflexiones, esas elucubraciones del lector ensimismado tras leer un fragmento y quedarse cavilando sobre el significado, el trasfondo... la complejidad oculta entre la simplicidad de las palabras, la historia que esconden o, mejor dicho, que sostienen, los símbolos que llamamos letras. Sin todo eso, los tomos estarían vacíos, no significarían nada.

Creo firmemente en la lectura como puerta al diálogo y la reflexión, como solución al apabullante individualismo y totalitarismo, cada vez más presente en nuestra sociedad, que amenaza tenazmente con destruir los cimientos de un régimen libre, fruto de la lucha de muchos, en su mayoría lectores. Hoy en día, pensar parece un desafío al mundo, una sonrisa de suficiencia ante una sociedad que señala a quien alza su voz en defensa de su voluntad y no sucumbe a lo preestablecido, que discrimina a quien destaca o a quien piensa diferente ¿Dónde queda esa reivindicación por la aceptación de las disidencias y respeto a todos los puntos de vista? Al parecer, la inclusión se limita a quien asiente y no hace preguntas. Es por eso por lo que, en nuestro club de lectura, muy audaces, nos atrevemos a crear un refugio donde dar cobijo a quién quiere pensar de vez en cuando y reflexionamos acerca de ciertos aspectos desde nuestro humilde punto de vista, pero con la intención de no caer en ese pozo de indiferencia.

En febrero, leímos *El ciclo del Eterno Emperador* una novela de Laura Gallego adictiva, especialmente en el final, que relata la historia de un imperio cuyo consejo atraviesa un momento de crisis al aparecer sospechas de que la emperatriz pueda no ser la indicada y que se verá aún más amenazado tras la llegada de un campesino con sed de cambio, cuya vida convergerá con la de la emperatriz y resultará en una historia perfecta de fantasía y acción, cargada de suspense y giros de trama.

Nada más llegar, una nublada mañana de febrero, a la sala de la biblioteca donde tienen lugar todas nuestras sesiones, cogí una pizarra de una pequeña habitación contigua y la coloqué frente al círculo de sillas que había preparado. Saqué un rotulador de pizarra de la bolsa que suelo llevar a las sesiones, con mi indispensable libreta donde anoto todo lo que tengo preparado, y escribí en la pizarra tres palabras: jerarquía, despotismo y revolución, saboreando la osadía del acto.

Cuando llegaron mis compañeros y encontraron allí aquello, casi se echan las manos a la cabeza, parecían mirarme como si fuera yo el poco cuerdo, “¿De verdad vamos a pensar?” me imagino que se preguntarían. Y eso fue lo que hicimos precisamente. Hablamos de la necesidad de la jerarquía en la sociedad ¿Es verdaderamente imprescindible? ¿Es factible el anarquismo? María Ángeles nos comentó que había una región indú que había logrado llevar a cabo un anarquismo capitalista; pero, en dicho caso, si el anarquismo pudiese llevarse a cabo ¿Podría el ser humano, tendente por naturaleza a la búsqueda de poder, prescindir de una jerarquía en la que ascender? Aquí surgió una gran pregunta ¿Es el afán de grandeza intrínseco al ser humano? ¿Siempre querremos poder? ¿Es el ascetismo, por tanto, inalcanzable? Y, entonces, llegamos a parar en el segundo término de la pizarra ¿El poder rige despotismo? Surgieron figuras como Augusto, Claudio, Barack Obama, Angela Merkel... personajes de la historia, clásica y contemporánea, que se han ganado, en su mayoría, el respeto del pueblo con las buenas acciones y el uso justo del poder, ejemplos de que el despotismo no es obligado, aunque sí predominante. Al parecer, el poder arrastra al más honrado a la tiranía; pero, como bien defendía Kant, el mal, algo íntimo de la naturaleza del ser humano, puede ser vencido con una férrea voluntad de hacer el bien.

Por último, hablamos de la revolución ¿Es el único camino al cambio? ¿El único medio para acabar con la tiranía? ¿La única forma de expresión del pueblo? Hablamos de la Revolución francesa, la Revolución Industrial, el ascenso del proletariado... y concluimos con que las revoluciones no tienen por qué consistir en protestas, o tener una connotación de violencia, sino que también pueden ser reivindicaciones pacíficas, en un tono de concordia y optimismo, que causan cambios abruptos en una determinada organización o sociedad por diversas causas.

Fueron muchas, muchas preguntas. Todas las que se nos ocurrían. Lo que comenzó en un recelo temeroso, se tornó, al final, en un aluvión de preguntas, todas esas cuestiones que quedan ahogadas en nuestra garganta, que no somos capaces de pronunciar y que en nuestro club de lectura podemos hacer sin inhibición alguna. Y lo cierto es que respondimos únicamente unas pocas, si es que alcanzamos a decir algo que se pudiese acercar a ser una respuesta, porque no buscábamos solucionar el mundo; pero sí nos parecía un acto revolucionario en toda regla pararnos a pensar y hacernos preguntas sobre nuestra sociedad y la forma en que vivimos, porque como jóvenes, es fundamental atizar en nosotros la llama del espíritu reformista, como esos ilustrados que abrieron las puertas al mundo de la ciencia y el humanismo, alentadores del pensamiento crítico, en parte, los culpables de que hayamos podido crear este club y unas de esas personas pertenecientes al río de hombres y mujeres que han salvado a los libros de su destrucción, como indicaba en el prólogo. Al igual que Ken, el protagonista del libro que leímos, iniciamos nuestra pequeña revolución.

Quiero finalizar con una de mis citas favoritas, que no puede ser de otra escritora más que de Charlotte Brontë, junto con sus hermanas, ejemplo del compromiso de la literatura con la búsqueda de la libertad: “No soy un pájaro y ninguna red me atrapa. Soy un ser humano libre con una voluntad independiente”.

Entre páginas

María del Mar Guerrero Salguero

Aquel día había sucumbido a la libertad de los pensamientos, vagaba por los más recónditos callejones de mi mente. Los primeros rayos de luz se filtraban por mi ventana. Mientras bañaban mi rostro con su cálida luz, regresaron a mi mente las tardes de verano del anterior año, aquellas llenas de fantasía e ilusión por la lectura. Y entonces volví al presente y recordé lo vacía que era mi vida en ese instante. Había soledad en las páginas, la luz de los libros ahora se atenuaba... ¿En qué momento cambió todo?

No me di cuenta. A finales del verano del año pasado, por cuestiones personales, la vida comenzó a pesar un poco más, e, inconscientemente, dejé de leer. No fue hasta aquel momento en el que mi amiga, María Delgado, me comentó sobre un club de lectura, que me di cuenta que faltaba una parte de mí: los libros. Tras bastantes meses sin poder tocar apenas uno, me animé a entrar al club, nada malo podría ocurrir, ¿no?

Al inicio no estaba segura, no creía poder ser capaz de comenzar a leer tan repentinamente, además, en mi cabeza rondaba la duda de si los libros serían de mi estilo o si combinaría con todos los miembros del equipo... La duda me retraía, aunque la curiosidad me empujaba. No fue hasta que me presenté y tomé parte del grupo que me sentí mucho más cómoda de lo que pensé. Desde el primer momento supe que no sería un club cualquiera, sino que sería un grupo unido y fuerte.

Volví a leer. Volví a encontrar ese color tan característico de la lectura, aquel que me llenaba de ansías por vivir y crear nuevos lugares ficticios donde poder sentirme como en casa. Recordé todo lo que era para mí la lectura y todas las veces que me había salvado, sacándome de la cruda realidad para invitarme a descubrir lo sólo nombrado en los libros. Redescubrí el deleite que resultaba dibujar mundos en la mente, respirar palabras, sentir que el papel que tocan mis manos es parte de mí. Jamás habría imaginado que los libros pudiesen unir tanto ¿Cómo puede ser un objeto aparentemente tan normal servir para tantas cosas? Enseña, ayuda, refugia, evade... y, además, entrelaza almas.

Sin este empujón, no podría haber conseguido nada de lo que logré estos meses, así que doy gracias a quienes han formado parte de este proyecto y a quienes le han dado forma. Sin duda alguna, lo volvería a repetir las veces que hagan falta. Todos y cada uno de los miembros son especiales y aportan algo al club, y eso es lo especial del proyecto. El club es un lugar donde convive lo excéntrico y se abraza la diversidad, se respira el respeto y la unión. Entre todos, hemos formado un equipo en el cual podemos sentirnos cómodos hablando de lo que más nos gusta: leer. En él compartimos nuestros puntos de vista sabiendo que nadie va a juzgar, y eso me parece tan especial...

Entre páginas, escribimos nuestra historia, y sin duda, este es uno de los capítulos más importantes y memorables en la mía.

Marzo 2.022

La vida invisible de Addie Larue

Antonio Javier Fernández López

Son varias las Bellas Artes: la arquitectura, la escultura, la pintura, la danza, la música, el cine, la fotografía, los cómics y, claro está, la literatura. Entre ellas, existe una cierta fluctuación y, al fin y al cabo, todas emanan de la misma fuente: el corazón de un creador anhelante de expresarse. El arte alimenta otras artes, gracias a esta interconexión que existe entre los distintos tipos de expresión artística, las obras ganan cohesión y fundamentación.

Victoria Schwab parece conocer esto muy bien y lo implementa de forma sublime en su novela *La vida invisible de Addie Larue*, el libro que leímos en marzo; una historia conmovedora sobre una chica, Addie, que es inmortal y está condenada a ser olvidada tras hacer un pacto con el diablo; pero, trescientos años después, encontrará a una persona que logrará recordarla. La autora hace alusión a grandes obras de la literatura como *Fausto*, *La Odisea* o algunas tragedias de Shakespeare. Además, al tomar lugar gran parte de la historia en Nueva York, los personajes pasan mucho tiempo en museos de la ciudad y, de hecho, los capítulos se vertebran por distintas obras de esos museos. Es por eso, que decidimos implementar el arte de forma más activa en las sesiones a la hora de comentar este libro.

En la segunda sesión, decidimos pintar lo que nos hacía sentir la novela hasta donde habíamos leído. Todos estábamos de acuerdo en que el libro, si algo tenía, eran emociones, por lo que no fue una tarea difícil. Para mí, el libro representa un gran miedo universal, que viene apareciendo en la literatura desde la cultura clásica: caer en el olvido. Aquiles ya tenía un afán enfermizo de gloria, pretendía hacerse inmortal con la grandilocuencia de sus hazañas, y el Quijote también quería ser un caballero recordado por su búsqueda de justicia, Emma Bovary era una mujer humilde que anhelaba una vida más importante... En general, la literatura es *per se*, en cierto modo, la forma que tienen los autores de escapar de ese miedo a no ser recordados, porque el papel es eterno y lo que se escribe permanece, una cita del libro que me encanta dice: "El proceso de escritura es inmortal en sí mismo. Una historia que se narra, llega a otros y es recordada". Tantas biografías, tantas memorias... son todo

producto de una necesidad humana de no ser olvidados, fruto del miedo y, en parte, de la vanidad. Tras la muerte, lo único que queda de nosotros son los recuerdos y lo que hayamos dejado escrito; aunque, a largo plazo, más bien lo segundo. La autora lanza una pregunta al principio del libro sobre la que hablamos durante las sesiones: “¿Qué es una persona sino la huella que deja?”.

Addie encuentra una forma de dejar huella, iluminando a artistas con sus ideas y dejando que ellos mismos las desarrollen y, aunque nadie sabe que ella fue quien gestó las obras, Addie disfruta viendo que su arte pervive. Hay una escena, que es de mis favoritas, en la que una pintora, Sam, que se había inspirado en Addie para pintar un cuadro, dibujándola como un cielo, le estaba mostrando una de sus obras favoritas y le dice: “Dicen que las personas son como copos de nieve, cada una de ellas es única; pero yo creo que se parecen más a los cielos. Algunos están nublados, otros son tormentosos y otros están despejados, pero no hay dos iguales.” El cuadro, llamado *Una noche olvidada*, tenía siete estrellas en el cielo, una por cada peca de la cara de Addie, pero no podía recordar en quién se había inspirado para hacerlo, ni siquiera se percataba del parecido entre la obra y los rasgos de Addie.

Todo esto tratamos de plasmar dibujando en la sesión de pintura y salieron verdaderas obras de arte, en especial las de María Ángeles, Julia y María del Mar, que nos dejaron a todos con la boca abierta. Eran dignas de subasta ¡Y de las caras!

Para finalizar este libro, en la tercera sesión, decidimos salir a la calle y visitar museos, igual que los personajes del libro. Fue aquí cuando pudimos experimentar en persona esa interconexión del arte y fue una experiencia de lo más enriquecedora culturalmente. Primero visitamos el Museo Arqueológico, fue una visita muy breve, pero nos encantó. Pudimos ver muchas sortijas de la prehistoria, desde dagas, hasta peines de hueso... todo muy interesante. Además, había una Venus romana e incluso una escultura del emperador Claudio II y algunos escritos en piedra, además de varios capiteles romanos. Más tarde, fuimos al Centro José Guerrero, donde había una exposición de fotografía contemporánea de Henry Wessel en la que leímos acerca de la corriente de fotografía de los sesenta y setenta, iniciada por otros fotógrafos como Walker Evans o Robert Frank, que es la fuente de la concepción actual de este arte. Esta corriente pretendía recoger, en oposición a la fotografía paisajística anterior, la

fugacidad de la vida urbana. También vimos algunas obras que había expuestas de José Guerrero. Por último, visitamos la Casa de los Tiros, donde también disfrutamos mucho visitando las distintas habitaciones y obras.

En general, La Vida Invisible de Addie Larue nos ha brindado muchas oportunidades para aprender y crecer y nos lo hemos pasado muy bien explorando el arte y descubriendo su complejidad. Definitivamente, es una lectura que para nada nos ha dejado indiferentes y, personalmente, las sesiones han sido de mis favoritas. Es un placer poder disfrutar del arte con la mejor compañía. En marzo, crecimos increíblemente como grupo, y siento que las actividades tenían un dinamismo sin precedentes. Todos disfrutamos verdaderamente de cada una de las actividades.

Mayo 2.022

Al otro lado de la brújula: mapa de rutas literarias

Antonio Javier Fernández López

Con motivo de la feria del libro en Granada, tuvimos la oportunidad de recibir a una autora en el club el 20 de mayo. Cuando Mariano, el director de la biblioteca, nos dio la noticia, nos hizo especial ilusión, porque llevábamos tiempo pidiéndole traer autores y nos pareció una gran oportunidad.

Hicimos una primera sesión para recoger el libro en la que hablamos un poco de nuestras expectativas y preparamos motores para la siguiente sesión, que haríamos con la autora. El libro, *Al otro lado de la brújula*, es un compendio de rutas literarias y, paralelamente, la historia de una protagonista, Violeta, una niña que vemos crecer durante el libro y que, junto a Daniel, su mejor amigo, y su tía Montse, con la ayuda de la agencia de viajes del padre de Daniel, Uli, viaja a distintos lugares en los que se mezclan ocio y cultura, como unas termas de Alhama de Aragón en las que Juan Ramón Jiménez escribió poemas en compañía de los peces rapsodas. En general, es un libro cargado de lecciones, y no solo de literatura, si no que también se pueden extraer lecciones del viaje interno de Violeta, sobre esa búsqueda de la brújula. “Sí, Violeta, la brújula eres tú”.

La sesión con Rosa Masip fue una experiencia inolvidable. Fue increíble poder compartir nuestros pensamientos sobre el libro con ella y que Rosa nos pudiera contar la historia detrás del libro. Y pienso en lo curioso de eso. El entramado tras la trama, las vivencias que sustentan los libros... Nos encantó poder descubrir esa faceta del libro, lo que no se puede ver, ni leer y que solo el autor conoce. Fue también una conversación emotiva, por el fallecimiento del coautor, Fernando Marías, que era aún muy reciente. Nos contó cómo era, la forma en que la ayudó y la gran persona que era, nos conmovió a todos el modo en que hablaba de él, con la ternura de una mejor amiga y la crudeza de quién acaba de probar el amargo sabor de la pérdida no por primera vez.

Rosa Masip es la definición de persona polifacética, le puede a todas las artes, y nos enseñó también su faceta musical. Nos contó que era vocalista en una banda de rock y nos mostró algunos vídeos de su propuesta musical, que se basa en darle melodía a grandes obras literarias en verso como las de Lorca, la cual, afirmaba, es su favorita. Tuvimos el placer de que nos cantara en directo una de sus canciones, *Europa*, cuya letra era un poema de Raquel Lanseros y a la guitarra estaba Josete Ordoñez, que pretendía relatar la historia de Frankenstein como si fuera un inmigrante en Europa.

Durante la sesión tratamos muchos temas, pero lo que más me gustó fue un debate que sacó Rosa: “¿Se puede separar al artista de su obra o son lo mismo?” y aquí todos nos animamos a dar nuestro punto de vista. Hablamos de Virginia Woolf y como su escritura reflejaba una mente perturbada por las pérdidas y las aberraciones que había vivido, surgió también la figura de Mary Shalley, en la que se inspira el primer viaje del libro, y María Ángeles nos habló de un pasaje en el que, decía, quedaba claramente plasmada la forma en que la autora se proyectaba en Frankenstein y que su frustrado intento de ser humano no era más que un subconsciente reflejo de la impotencia de Mary Shalley al tratar de ser autora en un mundo que la obligaba a ocultar su autoría bajo pseudónimos .

En definitiva, ha sido una de las mejores experiencias hasta el momento y nos ha encantado poder compartir nuestros pensamientos sobre el libro con la propia autora. Esperamos poder repetir pronto y nos sentimos eternamente agradecidos con Rosa Masip.

Junio 2.022

La Canción de Aquiles

Antonio Javier Fernández López

Me declaro amante de la cultura clásica. Todo comenzó cuando, hace un par años, tomé la decisión de elegir latín porque me gustaban los idiomas y, en cierto modo, me sentía intrigado por cómo sería estudiar una lengua no vigente. Creo que fue una mezcla de todo, la pasión de mi profesora al enseñarme y mi interés por la asignatura, lo que hizo que comenzase a sentir tal devoción por el idioma.

La cultura clásica supone la base de nuestra civilización actual. La democracia nació en Grecia, la legislación y las instituciones gubernamentales actuales están enormemente inspiradas en las romanas, los lemas de todas las universidades estadounidenses y otros organismos están en latín (“E pluribus unum” –de muchos, uno–, por ejemplo, es uno de los principales lemas nacionales estadounidenses). Romeo y Julieta no habrían existido de no haber sido por el mito de Píramo y Tisbe, que inspiró a Shakespeare. Gracias a estudiar latín se pueden descubrir cosas como que *seda* y *cerdo* provienen de la misma palabra o que *adrenalina* comparte etimología con *riñón*. La traducción no solo resulta interesante por su contenido, sino que también enseña a estructurar, inculca el orden, el método: resulta un estímulo para la mente y un alimento para el alma. Leer a Horacio, Ovidio, Virgilio, Cicerón, Quintiliano... ese viaje a las entrañas de la literatura, resulta increíblemente interesante y definitivamente culturizador.

Cuando, en un principio, creamos el club de lectura, defendí que al menos un libro debía tener algo que ver con la cultura clásica. Por eso, tomamos la decisión de elegir *La canción de Aquiles*, un libro que ha tomado gran popularidad y nos llamaba mucho la atención. Tuvimos la suerte de contar con la presencia de mi profesora de latín, Doña Gracia, en la sesión que dedicamos a hablar del libro, y aprendimos mucho de ella, nos dio un punto de vista mucho más documentado acerca de esta novela.

Carlota, que ama el romance, preparó una presentación con diapositivas en la que incluyó sus escenas favoritas y nos hizo reír mucho con su efusividad al hablar sobre la relación de Aquiles y Patroclo. Recopiló todos los *fanarts* existentes y nos regaló

un monólogo que no olvidaremos nunca. En base a su odio contra Tetis, por su oposición a la relación entre Aquiles y Patroclo, salió un gran debate ¿Era la ninfa verdaderamente malvada? Doña Gracia indicó que en *La Ilíada* ella no era más que una madre que, sabiendo previamente (gracias a su divinidad) lo que el futuro le tenía preparado a su hijo, no trataba más que protegerlo; en cambio, Madeline Miller decidió que Tetis actuase como la más vil de las villanas en su libro. Coincidimos en que había una representación idealizada de la mujer en esta novela. Doña Gracia nos indicó que en aquella época los hombres no tenían inhibición en su trato con las mujeres, que ellas no eran más que objetos y apuntaba que resultaba aterrador leer en obras antiguas que las mujeres se sentían incluso halagadas u obsequiadas cuando un hombre decidía someterlas.

Llegamos a la conclusión de que, aunque este libro se aproxime mucho a la ambientación de aquella época, no era más que una representación un tanto dulcificada de esta; aunque sabíamos que este era el objetivo de la autora que, según afirma en numerosas entrevistas, pretende modificar, en sus obras, aquello que, como mujer, le resulta disonante en los mitos; ella quiere adaptar esas historias al día de hoy, hacerlas accesibles para las nuevas generaciones.

Hoy en día, el latín es considerado una lengua “muerta”, la cultura clásica, se cree, ha quedado sepultada bajo siglos y siglos de avances y es, en la actualidad, demasiado lejana para merecer importancia; no obstante, podemos ver en nuestro día a día que aquellos tiempos, a pesar de la distancia temporal que los separa de nosotros, continúan estando presentes y nos conforman como sociedad. Por eso, creo que libros como este son de vital importancia para que las obras clásicas renazcan y los relatos populares cumplan con su cometido, el de que su remembranza perdure a lo largo del tiempo, hacer que su legado sea eterno. Crear medios accesibles para atraer a los jóvenes a la cultura clásica es imprescindible en una sociedad que, cada vez más, prescinde del latín y el griego. Me esperan las personas que luchan contra la extinción del estudio del mundo clásico, porque observo, afligido, la tendencia este a la desaparición.

No quiero dejar escapar la oportunidad para elogiar a los clásicos. En un principio, me aterrorizaba emprender la lectura de un libro antiguo “¿Cómo voy a comprenderlo?

Soy un ignorante” me decía. Ahora comprendo que no hay que temer a los libros, simplemente dejarse llevar y leerlos, sin prejuicios. Los clásicos tienen ese aire místico de la eternidad, es alucinante poder leer las palabras que hace miles de años escribió otra persona de carne y hueso al igual que nosotros, con las mismas necesidades, los mismos problemas... ¿Qué será eso que hace perennes a algunas obras? Ovidio, al final de su obra culmen, *La metamorfosis*, afirmaba:

Cuando quiera aquel día que en nada sino en el cuerpo este/ jurisdicción tiene, el espacio de mi incierta edad acabe./ Con la parte aun así mejor de mí sobre los altos astros,/ perenne, iré, y un nombre será indeleble el nuestro,/ y por donde se abre el romano poderío a sus dominadas tierras,/ con la boca se me leerá del pueblo y a través de todos los siglos en la fama,/ si algo tienen de verdadero los presagios de los poetas, viviré.

Publio Ovidio Nasón

Definitivamente, lo pasamos muy bien hablando del libro por ambos: la ilusión de Carlota por, al fin, leer un romance de su gusto y el conocimiento de doña Gracia, que nos ofreció un punto de vista mucho más crítico de la novela y nos indicó las disimilitudes del libro con la realidad y la trama homérica. Desde luego, a pesar de que la autora, especialmente en lo relativo al romance de Aquiles y Patroclo, haya dejado que su imaginación fluya, demuestra que tras el libro hay un gran trabajo de documentación y, además, cabe destacar que es una lectura muy amena y bastante bien escrita.

Fue un placer colaborar en la necesaria tarea de ayudar al mundo clásico a perdurar y quedamos encantados con la lectura y la entretenida sesión que pasamos comentándola.

Paz entre páginas (Epílogo)

Antonio Javier Fernández López

En un mundo de hostilidad, guerra y dolor, los libros suponen un pequeño, pero sólido núcleo de paz, un refugio que ofrece calor al que muere de frío.

En los últimos años, el mundo está pasando por una época plagada de sucesos terroríficos: la pandemia, la ofensiva de los talibanes en Afganistán, el conflicto ruso-ucraniano y su consecuente crisis económica, la violencia de odio... El mundo teme lo peor, el pesimismo es palpable y la incertidumbre se cierne sobre todos como un silencio ensordecedor. Sin embargo, hay algo que siempre nos ha mantenido y que continúa manteniéndonos unidos, a pesar de la guerra, la muerte, el temor o el lamento: los libros. Ellos son un pequeño oasis de paz en un mar de caos.

En los libros encontramos el consuelo que nos ayuda a eludir la realidad, porque en ellos hallamos la reminiscencia de ese pasado extrañado y el rayo de esperanza de un futuro más nítido que el presente en que vivimos. Los libros nos unen... Soldados de frentes enemigos pueden leer la misma novela al mismo tiempo, porque los libros no entienden de fronteras, ni de política, ni de territorios, ni de economía... únicamente entienden de almas y su única función es llenarlas, abrazarlas y acogerlas.

Las palabras *página* y *paz* comparten la misma etimología, ambas vienen de la palabra indoeuropea **pag-* o **pak-* (arreglar, unir...) Las páginas nos reconcilian, nos invitan al diálogo. Las obras nacen del corazón y, en la mayoría de las ocasiones, son un pedazo del alma del autor, un claro de luz en un vacío oscuro. Con los libros aprendemos que cada ojo lee una historia, cada corazón tiene una perspectiva diferente y, gracias a las palabras, encontramos el medio del diálogo para conciliar todas esas versiones de la realidad.

Durante la ocupación Nazi, en una pequeña isla británica del Canal de la Mancha, Guernsey, un grupo de humildes campesinos decidieron, una noche, realizar una reunión clandestina en la que tomarse un cochino que uno de ellos había ocultado a los alemanes; sin embargo, fueron encontrados en su regreso a casa y alegaron, para no ser aprisionados, volver de un club de lectura nocturno. Los alemanes, algo

incrédulos, les preguntaron cómo se llamaba y, ellos, que acababan de probar un asqueroso pastel que había preparado uno de los miembros para el festín, lo llamaron, sobre la marcha, “Sociedad Literaria del Pastel de Piel de Patata”. Desde entonces, lo que había iniciado siendo una cena furtiva, se convirtió en una especie de simposio literario semanal, una excusa para cenar, beber y hablar de libros. Es conmovedor observar, tanto en la novela epistolar de Annie Barrows y Mary Ann Shaffer, *La sociedad literaria y del pastel de piel de patata de Guernsey*, como en su película homónima, a humildes campesinos encontrar consuelo en las grandes obras de las hermanas Brontë, Shakespeare, los ensayos de Charles Lamb... Todo una forma de evadirse de la dura represión que tuvieron que vivir.

En nuestro club de lectura también encontramos un momento de paz, un lugar donde expresar nuestras ideas sin mordaza alguna que ahogue nuestras voces. Hemos creado un oasis de libertad en el que podemos hablar de cualquier tema, dar nuestra más sincera opinión... todo es válido. Quizás por eso el tiempo se nos escurre de las manos con tanta rapidez y los minutos se nos hacen segundos; a lo mejor, por eso aguardamos con tanta ilusión el sábado por la mañana: porque tenemos sed de sinceridad y anhelamos un espacio donde ser nosotros sin ser señalados. Tenemos suerte de haberlo encontrado. Ojalá un día la paz salte de las páginas e impregne al mundo con la tinta de la libertad. La tinta que nos une.

Agradecimientos

Antonio Javier Fernández López

Es curioso el hecho de que, en ocasiones, cuando varias energías aúnan sus fuerzas en un mismo propósito, son capaces de crear algo mayor que lo que sumarían por separado: la sinergia. Pienso, sin lugar a dudas, que este proyecto no hubiese sido posible llevarlo a cabo sin la ayuda de toda la gente que me ha acompañado durante el trayecto, tanto los que lo han hecho desde el principio, como los que han ido sumándose con el tiempo. Es la colaboración la que ha asegurado el éxito de este club. Una vez más, la cooperación y el diálogo triunfan.

En primer lugar, quisiera agradecer a Mariano José Boza, director de la Biblioteca Provincial de Granada, porque sin su incondicional apoyo, no habría tenido los medios para crear este proyecto. Él ha confiado en mí y me ha prestado su biblioteca, y yo me he esforzado por honrar tal acto de fe. Gracias por confiar en mí sin apenas conocerme y por proveernos de tanto como hemos necesitado a la hora de llevar a cabo nuestras actividades en el club. Promovedores de las letras como tú hacen del mundo un lugar mejor. Gracias también al personal de la biblioteca que nos abre por las mañanas y nos prepara el espacio para nuestras sesiones.

En segundo lugar, agradezco a María y a Carlota por su ayuda, que ha resultado clave para hacer reales todas las descabelladas ideas que se me han pasado por la cabeza. Gracias por no frenarme, incluso cuando pensábais que estaba perdiendo el juicio. Sin vosotras, esta aventura no habría sido igual.

Además, quiero hacer un agradecimiento especial a María Delgado, que apostó por este proyecto desde el más prematuro inicio, con una fe ciega en nuestro trabajo, y que aún continúa con nosotros. Eres la piedra angular de este club. Además, agradezco a todos los que se apuntaron durante octubre, aunque a día de hoy no continúen con nosotros, porque María, Carlota y yo apreciamos que confiaseis en nosotros desde el principio. Gracias a: Mariana, Pilar, Jorge y Hugo. Por supuesto, mil gracias a quienes habéis seguido inscribiéndoos a lo largo de los meses: Greta, Carmen, María Ángeles, Eva, Julia y María del Mar.

Gracias, también, a Rosa Masip por aquella espléndida tarde comentando su libro, por ser la primera autora en venir al club. Te deseamos todo lo mejor.

Mención especial a María Ángeles, una de las integrantes más creativas del club, por la preciosa portada que ha pintado para esta memoria. Estoy seguro de que su arte y su espíritu innovador la van a llevar lejos.

Personalmente, quiero agradecer a aquellos que me han inculcado los valores de la lectura desde pequeño. A mis padres, que siempre me han insistido en la importancia de los libros, incluso cuando parecía haber perdido el interés por completo. Gracias por vuestro incesante propósito, como podéis ver, empieza a dar sus frutos. A los profesores que me han instruido: desde aquellos que me enseñaron a leer, abriéndome paso a un paraíso de letras, hasta los que aún a día de hoy me alumbran en el sendero de las humanidades (Mi profesora de lengua y de latín, mi profesor de filosofía, mi profesora de historia, mi profesora de inglés, de alemán...) Quiero agradecer, en especial, a dos profesoras: a mi profesora de historia, que fue quien me prestó la novela epistolar de *La sociedad literaria del pastel de piel de patata de Guernsey*, a la que hago alusión en el prólogo y a mi profesora de lengua y de latín, que siempre nos habla en clase con especial cariño de los libros y nos inspira a leer, también le agradezco haberme inducido en el mundo clásico, jamás habría esperado que sucediese; pero me siento infinitamente agradecido.

Estos agradecimientos estarían vacíos si no hiciese honor a aquellos que crean los libros, los escritores que nos deleitan con sus historias. Desde aquellos primeros autores clásicos, pasando por todos los siglos que acaecieron antes que el nuestro, hasta los escritores que hoy en día iluminan al mundo con su arte. Gracias, en general, a aquellos que apuestan por las letras y expresan su arte. La cultura es parte de nosotros, lo que nos hace ser humanos: nuestra capacidad de expresarnos mediante símbolos. Por eso debemos defenderla, expandirla y consumirla.

Por último, pero no menos importante, gracias a los libros, por ser tanto cuanto necesitamos: consuelo en el desasosiego, motivo de alegría en la tristeza, calma en las tempestades y una voz sincera en la que confiar.